

Transmigración de los días.

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

Miércoles 28 de julio: Mientras dure la peste.

Ema lleva puesta la mascarilla de un nebulizador roto, la silicona permite ver la nariz y la boca bajo una translucidez aguamarina como sus ojos. Cuando se cansa, el aire que sale por el agujero inferior suena como un mantra. Antes de la peste no le hubiese permitido, a los cinco años, jugar con algo que le dificultara la respiración.

Aprendí a distinguir si la opresión al respirar es un síntoma de ansiedad o de Covid con un oxímetro de pulso. Cuando marca la saturación esperada, hago ejercicios de calma hasta resolver la tensión en la garganta.

A diferencia de las otras necesidades la respiración no se puede suspender; resulta aterrador cuando eso sucede. Por eso usamos talismanes en las zonas de pasaje, entre el mundo externo e interno. Esos lugares deberían llamarse alma.

Jueves 29 de julio: Postludio a Enloquecer a cielo abierto.[i]

Volví a golpear por tercera vez.

—HOLA ¿Hay alguien?

Escuché que la cerradura giraba.

—Estaba editando con auriculares puestos —dijo el Peyé.

¿Cómo ibas a escucharme, salame? pensé.

—Bueno, no importa, lo resolvimos—dije.

Entré a la radio, las habitaciones que solían estar ocupadas por pasantes de comunicación estaban vacías. En el estudio saqué de la cartera la copia impresa, la botella de agua y el alcohol en gel. Al sentarme vi que el pañuelo verde anudado al micrófono estaba demasiado cerca para girar las hojas sin chocarlo, lo alejé sintiéndome políticamente incorrecto.

—Probamos la voz —dijo el Peyé detrás del vidrio doble.

La luz roja se encendió.

—HOLA, HOLA, PROBANDO.

—No tan fuerte, como si estuvieras leyendo.

Eran seis capítulos breves y creí que los iba a disfrutar. Noté, ni bien empecé a leer, que cada fonema se me atragantaba y tenía que esforzarme; el esfuerzo hacía que las palabras salieran descontroladas, una catarata que, tras el pañuelo, quedaba grabada. Quería que terminara pronto pero me trababa a cada tanto. No fue como en la veintena de capítulos anteriores donde había leído con fluidez sobre la locura de los otros. A cada tropiezo levantaba la mano excesivamente. Empezaba de nuevo; antes, un buche de agua. Mi boca no dejaba de estar seca, como ese texto donde escribí mis años de nocturnidad; de fiestas imposibles y de catástrofes improbables que terminaron reventando mi matrimonio y salvando nuestras vidas.

—Está buena esta parte, es más poética —dijo el Peyé desde la sala de operaciones cuando terminé.

Supe que: a veces, leer el pasado es ponerlo a una distancia tal que lo vuelve más presente que lo contiguo. También supe que había podido escribir sobre mis heridas porque habían cicatrizado. Pero todo eso, de una manera vaga y general lo sabía. Lo nuevo era que a seis meses de terminado ese texto hoy escribo distinto. Guardé en la cartera los colgajos de una piel muerta.

Viernes 30 de julio: Esplín.

Desde que escribí aquel cuento sobre la muerte de mi gata espero las desgracias con placer disimulado.

Sábado 31 de julio: Nirvana.

Terminé tan saciado que no recuerdo cómo llegué a mi lado de la cama.

Domingo primero de agosto: A los 3 años.

Mi sopa está muy larga dijo Teo mientras estiraba el queso derretido entre su boca y la cuchara.

Lunes 2 de agosto: Búsqueda.

Mentir tiene verbo en todos los idiomas. La palabra verdad, en ninguno.

Martes 3 de agosto: Haiku.

Cierto desierto
umbral de profecía

o de locura

[i]Sobre el inicio de la parte 3 de Macedonio López. Enloquecer a cielo abierto. Testimonial y novela (audiolibro). Emitido el 29/7/21 por Antena Libre. Radio de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales. UNCo. Fiske Menuco. Río Negro.